LA VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA LITERARIA, ARTISTICA É ILUSTRADA

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Marzo 13 de 1898	Núm. 35

Director y Redactor
RAFAEL J. FOSALBA

Secretario de Redaccion
EDUARDO GANDOLFO
Dirección y Administración: calle 25 de Mayo 427

Administrador
JOSÉ VIDAL

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS



Estela Ballesin

(Fotografia de Fitz Patrick)

SUMARIO

—

CUESTIÓN SOCIAL

LA MUJER URUGUAYA Y EL CELIBATO

(*Continuación del número 32*)

Setenta y cinco mil seiscientas ochenta y una mujeres solteras y seis mil setecientas once viudas, total—ochenta y dos mil trescientas noventa y dos mujeres solteras y viudas de quince á cuarenta años, las que había en Septiembre de 1889 en la República del Uruguay,—número que por razón de las incorporaciones naturales en cada uno de los años transcurridos hasta la fecha, no será exagerado presentarle mayor de *ciento veinte mil*, pues, sabido es que cada año aumenta el número de las niñas que cumplen la edad de los quince abriles, y por consecuencia las incorporaciones sucesivas durante nueve años, ofrecen un aumento considerable de mujeres, dispuestas para entrar al servicio de la Pátria dentro de las prescripciones legales y honestas del matrimonio.—(No incluimos las muchachas que de doce á quince, y de cuarenta años para arriba, están en igual condición.)

«120 mil mujeres solteras y viudas en edad de quince á cuarenta años», que no vivirán satisfechas ni conformes con su estado de esterilidad para la Pátria, cuya condición debe preocupar muy seriamente á los Poderes Públicos, hasta encontrar solución para ese magno problema nacional, que facilite al hombre el medio de que la mujer entre en la carrera de ser útil dentro de su alta misión social, como esposa y como madre, verdadera base del hogar que produce y forma ciudadanos, destinados á servir á la Pátria con su buena educación, su amor al trabajo, con afectos á la tierra en que nacen, único medio de fomentar el aumento de población natural, y atacar la inmoralidad presente.

Ese gran número de mujeres solteras y viudas, *elemento propiamente Uruguayo*, todas en excelentes condiciones de fecundidad, pero todas estériles para la Pátria por el repúdio de los hombres al estado de matrimonio, se presenta como cuestión de vital interés nacional, y corresponde á la prensa ilustrada, hacerla suya y haciendo estudio de su estado y consecuencias, llamar la atención del Gobierno para que la considere y trate con el patriotismo que representa.—*Se trata del verdadero fomento de la población nacional.* Y de todos cuantos problemas se plantéen en las regiones oficiales para bien de la República del Uruguay, ninguno habrá de la importancia del que presentamos con relación esencialmente patriótica por sus efectos moralizadores en la sociedad, por el aumento de población nacional, y por el desarrollo del trabajo aplicado á la explotación de las riquezas naturales, á las industrias y al comercio.

Para que se aprecie cual es su importancia, y nuestro aserto justificado, fijaremos algunos datos de los muchos que suministra el «Anuario Estadístico», correspondiente al año 1896, que recién se reparte.

Inscripciones de nacimientos

EN TODA LA REPUBLICA DEL URUGUAY

Año	Legítimos	Ilegítimos	Proporción por cien
1892..	22.137	5.934	26,80
1893..	21.336	6.052	28,41
1894..	21.926	6.560	29,95
1895..	22.944	7.459	32,57
1896..	23.219	7.782	33,54
	111.562	33.787	30,32

Como se demuestra, el total del quinquenio registrado arroja hijos ilegitimos 33.787 igual al 30. 32 por ciento comparado con los hijos legítimos, cifra que acusa mucha inmoralidad, impropia de una nación culta y civilizada, y lo peor es que *la natalidad ilegítima aumenta cada año*, como se evidencia en la columna «Proporción por ciento» que dá 26.80 en 1892 y llega en 1896 al 33,54 igual él 6,74 por ojo de aumento en cinco años, efecto natural del estado de celibato de ambos sexos, y del relajamiento de las buenas costumbres sociales.

—

También el «Anuario Demográfico» del mismo año 1896, en su página VIII, ofrece preciosos datos respecto á los mismos nacimientos ilegítimos habidos en dicho año, y he aquí su proporción por cada cien inscripciones.

Natalidad ilegítima en 1896

3 departamentos	de	11,14	á	14,88	ojo
6 «		» 23.64	»	29.27	»
8 «		» 30,12	»	36,99	»
2 «		» 41,20	»	41,44	»

Y no se incluyen 894 nacidos muertos en el mismo año 96, cuyos casos tambien aumentan notablemente.

EN RESUMEN: La inscripcion total de nacimientos en 1896, fué de 31.001 y de estos son ilegitimos 7.782 ó sean 4.020 varones y 3.762 mujeres, con la gravísima circunstancia que un número bastante considerable de esos hijos ilegitimos, ni el nombre de la criminal madre, figura en las inscripciones.

¡Desgraciados hijos que cuando actúan en la sociedad, tendrán que sufrir el peso de la criminalidad cometida por sus padres desconocidos!

—

Concretándonos al departamento de Montevideo, capital de la República del Uruguay, residencia de los tres Altos Poderes del Estado, asiento del Arzobispado y crecido número de Corporaciones religiosas de ambos sexos, Universidad de la República y numerosos centros de educación etc., etc., etc., las inscripciones ilegítimas ya alcanzan á 16,30 por ciento, y los nacidos muertos á 3,80 por ciento también en aumento ambos factores criminales.

Para mayor claridad:—Montevideo en 1896 tuvo por total de inscripciones 7167 y de éstas fueron «ilegitimas» 1156, ó sean 562 varones y 594 mujeres de procedencia ilegitima y más 299 nacidos muertos.

En el Censo Oficial levantado en Septiembre de 1889, Montevideo tenia 797 mujeres solteras madres de familia.

Desde entonces á la fecha, aquel número aumentó sorprendentemente, como se demuestra con las cifras precedentes.

—

Bastan los elocuentes datos presentados, para evidenciar el descenso moral de la sociedad uruguaya, y para autorizar cualquiera medida con tal de que se impida esa progresión ilegítima por medio de la acción matrimonial; porque si se continúa como hasta aquí *muy pronto la República alcanzará á tener más hijos ilegitimos, que hijos legítimos: y la vergüenza se habrá perdido para siempre.*

Todo cuanto se haga en beneficio del estado civil de la mujer y del hombre mismo, en relación á contraer matrimonio, redundará en beneficio de la Sociedad y de la Pátria, por eso, aplaudimos á las Damas Norteamericanas en su patriótica actitud, reclamando del Gobierno enérgicas medidas contra el solterismo para evitar los estragos que hace en la sociedad ese elemento de corrupción contrario al fomento de la población, así en Norteamérica como en muchas naciones de Europa, igual á lo que suceda en la República del Uruguay.

Por otra parte:—¿Qué mujer podrá conformase con vivir estéril para su Pátria ...?

Cuenta la crónica, que Napoleón el Grande, hallábase rodeado de muchas Damas de Corte, bellas, hermosas y elegantes. Cada Dama se disputaba las atenciones del Emperador, pretendía ganarse su preferencia, y para descubrir cual era más de su gusto, una de las que se tenía por la reina del salón, la mas bella, hermosa y elegante con pretenciones de dominio, interroga de la manera siguiente:

¿Para Vuestra Magestad, cual de las Damas presentes es la mas hermosa y de vuestro agrado....?

El Emperador contestó incontinente—«Sin duda, la que haya dado más soldados á la Patria».

¡Cuantas bellas, hermosas y elegantes Uruguayas, esperan disputarse esos honores de producir hijos para la Pátria en estado de matrimonio!

CONSTANTE G. FONTAN ILLAS.

Montevideo, Febrero 25 de 1898.

NOSTALGIA

Bajo el verde ramaje de las frondas
Que sombrean el agua,
El agua cristalina de un arroyo
Que cual sierpe escamosa ondea y salta,
Y á su márgen, que bordan las espumas
Como chispa de sol entre esmeraldas,
Estábamos los dos, mirando absortos
Sobre las ondas claras,
Semejante á una estrella sin destino,
Flotar una flor blanca.

Fijos en ella nuestros ojos ávidos,
Seguíanla con ánsia
Como se sigue á una visión celeste
Que al través de los sueños brilla y pasa.

Mariposas bermejas y alguaciles
De luminosas y celestes alas,
De ella marchan en pos, en vuelo rápido,
Formando un limbo informe por besarla.

¡Pobre flor! ¿De las ondas, dónde el espíritu
Desbordado te arrastra?
¿Dónde hallarás sepulcro, si no pueden
Salvarte ni mi amor ni mi esperanza?
Exclamaste: y después por tus mejillas
Ví rodar una lágrima
Que bebieron mis lábios envidiosos
De que el fuego del sol la evaporara.

Calma tu afán, te dije: no te aflijas
Así, mi bien: no llores. Y como arpa
Que gime, ¡ay! replicaste sollozando:
¿No he de sufrir si soy tan desgraciada?

¿Ves esa flor ya muerta? Se parece
Tanto, tanto á mi alma,
¡A mi alma, que se ahoga y que se muere
En el salobre mar de la nostalgia!
Que no puedo fijar mis ojos tristes
En ella, sin llorarla:
Sin que la angustia el corazón me oprima.
¡Es—¡ay!—tan pobre aquella flor... tan pálida...
Mas yo que llevo como agudo dardo
Tu mismo afan hundido en las entrañas,
Yo que te quiero tanto: Por lo púdica,
Te contesté, ¿verdad? así es tu alma!
Pero en mi pecho encontrará riberas,
¡En mi pecho que guarda
La imágen de tu amor, como la luna
La luz del sol amarillenta y lánguida!
Mas esa flor que empuja la corriente,
Esa flor deshojada,
¿Sabes tú á dónde vá? ¡Tal vez no quede
Ni un girón de sus hojas bajo el agua!
Si como ella es tu alma que zozobra
En las ondas amargas
Del mar de la tristeza, que extremece
El ábrego fatal de la desgracia,
Las mariposas ténues y los diáfanos
Alguaciles cerúleos que en pos marchan
De esa flor que se pierde allá á lo lejos...
De esa flor que naufraga,
Son también mis ardientes pensamientos,
Mis sueños de esperanza,
Mis suspiros, mis besos... y las íntimas
De mis insomnios amorosas ánsias;
Y en los dias, las tardes y las noches
Mudas y solitarias
Volarán hasta tí para entregarte
Mi amor, mi eterno amor, deshecho en lágrimas!
¡Oh ventura inefable de los cielos!
¡Háblame asi! dijiste; y tu mirada
Se reflejó en mis ojos sonriente
Como el primer albor de la mañana!

. . . .

. . . .

Ya la noche desciende sobre el mundo;
Ya en su sopor, toda la tierra exhala
Esos efluvios tíbios que adormecen...
¡Mezcla de luz, de sombra y de fragancia!
Ya las flores, los pájaros, las frondas
Y el mundo envuelto en vaporosas ráfagas
De triste y celestial melancolía...
¡Todo en silencio y soledad descansa!
Y abandonando la florida márgen
De aquel arroyo que jamás se para,
¡Ay! me dijiste: ¡Piensa en nuestras vidas.
Piensa en aquella flor! ¡Piensa en mi alma!

RICARDO PASSANO.

Montevideo, 12 de Marzo de 1898.

EL BESO

HABÍA en el presidio de... donde sea, que el nombre de la ciudad no hace al caso, había, digo, gente muy mala. Verdad es que no suele abundar la gente buena en tales casas.

Pero entre los cuatrocientos y pico de penados había uno que valía por todos.

El Lobo le llamaban.

Estaba preso hacía cuarenta y dos años y tenia sesenta.

Desde la edad más tierna fué corriendo de cárcel en cárcel y de presidio en presidio, por ladrón y asesino. No se sabe cómo se libró del cadalso; pero ello es que, con denado una vez á veinte años por un crímen espantoso, así que cumplió la condena fué ladrón en cuadrilla y secuestrador y mató á una mujer y dos niños, y le condenaron á más años de cadena de los que pudiera vivir.

Era hombre tan feroz y de carácter tan malo, que los demás presidiarios no se le acercaban nunca. Hacían un círculo al pasar cerca de él, porque su instinto natural le pedía sangre, y en más de una ocasión al que se le acercó le hizo mucho daño con los dientes ó á patadas ó con las agujas de hacer medias, porque su ocupación constante era la calceta.

Sanguinario, era como pocos. Carnicero, como las fieras màs salvajes. Y los carniceros y sanguinarios no tienen término medio; ó se llaman *Napoleon primero* ó se llaman *El Lobo*.

Sentado en el suelo, haciendo muy de prisa los puntos de las medias, con la cabeza metida en el pecho, se pasaba dias y semanas sin hablar. Tenía una cabeza que no la soñó Goya. Hirsuta, cubierta de vellones negros, bosques espesos de piojos, la barba intrincada, que por miedo ó tolerancia le dejaban llevar, los ojos negros y feroces, la mirada torva y amenazadora... ¡Qué hombre! Fuerte á pesar de sus sesenta años de vida quieta, y con unas manos como manojos de sarmientos gordos, *El Lobo* era el terror de la casa, pero el terror sordo, ese que no se traduce en comentarios ni en bromas de mal género, sino en un silencio convenido moralmente.... Levantaba alguna vez los ojos para mirar à su alrededor, y los presos en vez de mirarle, se volvían de espaldas ó miraban al cielo.

Vino al presidio un comandate nuevo, con fama de enérgico y de hombre con quien no se jugaba. Por la misma razón, los presidiarios comenzaron á mirarlo con malos ojos. Sus murmuraciones hubo y sus conatos de atreverse con él; pero no habia en realidad motivo.

El jefe del presidio tenía una hija encantadora. Aurora se llamaba, y cuando su padre tomó posesión del destino, la niña no había cumplido cinco años.

Una tarde bajó con su padre al patio á la hora del rancho; de la mano del autor de sus días fué mirando uno por uno á los presidiarios, y con ese descaro infantil, que aun á los peores caracteres hace gracia, iba comentando lo que veía y hablando cara á cara con aquellos malvados.

A éste le preguntaba como se llamaba al otro si el rancho era bueno. Uno de ellos, matón condenado à diez años por una puñalada trapera, le dijo yo no sé cuántas monadas, y él le preguntó si quería rancho, y después de consultado el jefe, la niña comió dos cucharadas y los presos se rieron y alguno le pidió recomendaciones para el papá. También los hubo que dijeron palabrotas y murmuraron del padre y de la hija y renegaron de lo que comían; cosas naturales, porque al fin y al cabo el patio de un presidio no es el salón de la duquesa.

Allá, lejos de todos, con el rancho abandonado á medio comer, y las agujas en la mano, haciendo su calcetín con rapidez vertiginosa y la cabeza baja, estaba *El Lobo*, sentado en el suelo, con la espalda pegada à la pared. El padre y la hija se acercaron à unos tres metros de él y no les hiza caso. De su garganta se escapaba una especie de graznido sordo mientras cruzaba las agujas. Con el rabillo del ojo les miró un instante, pero nada más. La niña fué á acercarce á él y el padre la detuvo.

—Voy á verle de cerca—dijo Aurorita.

—No, hija mía, no, que este es muy malo; tiene muy mala sangre y te puede dar una zarpada...

—¡Mira, mira, papá, que cara pone! ¡Ay! ¡Y està haciendo media!

—Así se pasa la vida, según me ha dicho mi antecesor. Es un hombre muy peligroso. Toda su vida la ha pasado en presidio; ¡ya ves, todavía tiene para treinta años!

—¡Treinta años! ¡Pobrecito!

El Lobo, al oír *pobrecito*, levantó la cabeza y la miró con ojos de hiena, sin dejar de mover las agujas. El jefe fué à decir algo à la niña; pero ésta, sin dejarle tiempo para dejarle tiempo para contestarla, echó à correr gritando:

—¡Voy à darle un beso!

Y así lo hizo. Llegó junto á la fiera, y sin aprensión ni miedo, le besó en medio de la cara, diciendo:

—¡Tóma, hombre, y no seas malo!

Y en seguida se volvió corriendo hácia su padre.

El Lobo se quedó como atontado; no dijo nada, prolongó su graznido como los paralíticos que quieren hablar y no pueden, y temblando visiblemente, volvió á hacer su labor, nervioso, muy nervioso.

Y cuando el padre y la hija estaban ya en la puerta que conducía á la dirección y le daba la espalda, volvió el anciano criminal à levantar la cara y miró á la puerta largo rato.

Después se pasó la tarde, anocheció, y cada fiera à su jaula.

Transcurrieron días y meses, y en el presidio, bien dirigido, no ocurrió nada de particular.

Pero un día... un día de Julio, lloviendo estaba à mares y los presidiarios en las galerías del patio haciendo concurrencias á la tempestad... Cundió la voz de rebelión, se negó la gente á comer el rancho; la conspiración, que había tardado un mes en fraguarse, estalló de pronto... ¡Corriendo! ¡Baje usted! ¡El presidio está sublevado!

Y el comandante saltó como una pantera de la cama donde dormia la siesta, cerró por fuera su cuarto, para que la niña no lo siguiera, y cuando llegó al patio se encontró con trescientos hombres en frente de él, armados con las cucharas de palo, afiladas y convertidas en cuchillos. No era hombre de ceder ni de acobardarse. Sabria morir si era preciso. Arengó y no le hicieron caso; quiso atacar y le atacaron; su vida estaba en las manos de aquellos bandidos desenfrenados. Le echaron atrás y le tiraron más de cien *viajes*, sin contar las pedradas y las tarteras que iban volando derechas a la cabeza... ¿Qué iba à pasar? ¿Qué podia hacer solo contra tanta gente? La batalla habia comenzado, ya había disparado él los seis tiros de su revólver...; pero en el momento de disparar el último, vió venir hácia él un mónstruo, un hombre con cabeza de oso, *El Lobo*, que gritaba:

—¡No hay cuidado, que aquí estoy yo!

Y cogiendo al jefe por la cintura con la mano izquierda y colocándoselo á la espalda, para cubrirlo con su propio cuerpo, enarboló en la derecha una enorme navaja, que no supo nadie nunca de donde salió, y comenzo á recibir enemigos, y á dar puñaladas tan certeras, que hombre que llegaba á su alcance, caía á sus piés muerto del primer golpe.

Y todo esto pasaba ya en silencio: el jefe, resguardado detràs de su preso, pensando (hasta donde se puede pensar en momentos tales), *por qué* el presidiario le defendía así, y cómo acabaria aquel horrible *lio*. Y *El Lobo*, entretanto, recibía pedradas en la cabeza y cuchilladas de palo tan graves como las de hierro, y por fin acudió la fuerza armada, llamada por los dependientes, y hubo descargas en el patio, y muertos y heridos en todos los rincones, y à la hora y media de la refriega quedó todo en calma y el jefe estaba sano y salvo y *El Lobo* con dos navajazos en el vientre, la cabeza deshecha de heridas y muriendo por la posta.

Le llevaron á la dirección por órden del jefe. Allí, acostado en la primera cama blanda que había tenido en su vida, expiraba retorciendo los ojos y repitiendo aquel graznido del asma, tan suyo. Le dieron la unción y tiró patadas al cura; pero entre la vida y la muerte pudo romper á hablar, y dijo abriendo desmesuradamente los ojos y mirando á aquel á quien había salvado la vida:

—¡La.... niña!

El jefe adivinó en seguida lo que pensaba su defensor. *Recordó*, y comprendió por qué le había defendido....... ¡Oh, sí, eso era! Corrió a la dirección, donde había dejado encerrada à su hija, sin acordarse de volver para abrirle la puerta. La niña estaba aterrada, llorando.... La cogió en brazos, volvió con ella á toda prisa al cuarto del moribundo, y le halló ya en las postrimerías de aquella existencia de presidio y de sanguinarios deseos de cuarenta años de fiera...... Y el tío *Lobo*, con ojos extraviados, tuvo todavia tiempo de ver, y de decir á la única amiga de su vida:

¡Otro!... ¡¡Otro!!

El padre levantó á la niña en brazos y se oyó el chasquido de un beso sonoro, estampado por unos lábios de ángel en el rostro curtido del viejo...

Y mientras el cura se alejaba cejijunto y mohino, con los santos óleos en las cruzadas manos, quedaron allí arrodillados ante el cadáver, el jefe, los empleados, los guardias, en religioso silencio; y la niña, á una indicación de su padre, comenzó á decir, con su vocesita dulce y cariñosa:

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

EUSEBIO BLASCO.

Madrid, Enero 27 de 1898.

LA NOCHE

(Fragmento de un poema inédito)

La noche no desciende de los cielos,
Es marea profunda y tenebrosa
Que sube de los astros: mirad cómo
Adueñase primero del abismo
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario
Y en la copa del cedro, en la alquería
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
Surge la sombra: amedrentada sube
La triste claridad de los tejados,
Al árbol, á los picos elevados,
A la montaña enhiesta y á la nube.
Y cuando, al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros.

Y con ella se van la paz amiga,
La dulce confianza, el noble brío
De quien, alegre, con vigor trabaja;
Y para consolarnos, mudo y frío,
Con sus álas de bronce el sueño baja.
Entonces todo tímido se oculta:
En el establo los pesados bueyes,
En el aprisco el balador ganado,
En la cuna pequeña la inocencia,
En su tranquilo hogar el hombre honrado,
Y el recuerdo impasible en la conciencia.

Mil temores informes y confusos
Del hombre y de los brutos se apoderan;
En la orilla del nido vigilante,
El ave guarda el sueño de su cría
Y esconde la cabeza bajo el ala;
El noble perro, con mirada grave,
Interroga la sombra, y ver procura;
Los caballos, piafando, se encabritan
Y con pavor y sobresalto evitan
Los altos montes y la selva obscura.

Si en la extensa llanada lo sorprende
Con su cortejo fúnebre la noche,
El potro jóven á su hermano busca
Y en su lomo descansa la cabeza.
Todo tiende á juntarse en esta hora,
Todo en la vasta soledad se hermana,
Hasta que, alegre, la triunfal diana
En el áureo clarín toca la Aurora.

MANUEL GUTIERREZ NÁJERA.

Guatemala, Enero 19 de 1898.

Lo que dicen las campanas

(CONTINUACIÓN)

Apenas se traslució en el pueblo que Juana estaba en trance y riesgo de caer en manos de un nuevo verdugo, volvieron, como la vez primera, los cariñosos consejeros á tratar de disuadirla de aquella funesta inclinación, con tan excelentes razones y temerosos argumentos, que la pusieron como cavilosa y perpleja.

—Sin embargo, en esto de matrimonio, hay que irse con cautela para oír à los amigos, y con mayor razon á las amigas. El despecho suele inspirar á aquellos y envidia á éstas. ¿Quién me asegura á mí que no haya mucho de todo esto en los consejos que se me dan, y en los peros que se le ponen á ese pobre muchacho?

Así se expresaba Juana hablando consigo misma, mientras remaba y remaba en el piélago de contradicciones á que la habían lanzado, pero á poco le venían á la memoria los negros días de su primer matrimonio, cambiando de rumbo sus pensamientos y avivando sus temores.

Finalmente vino à iluminarla una idea; la de someter el punto al juicio y decisión de un juez imparcial é insospechable. Lo que este árbitro le dijese, eso sería lo que ella hiciese. ¿Quién era ella, pues, para no acudir á un recurso que las naciones mismas aceptan, sin que se humillen ni prevariquen por ello?

El busilis estaba en la elección del susodicho árbitro. Fulano, pensaba la viudita, sería muy bueno, pero es tío de fulanita, que fué novia de mi idea; Zutano, magnífico pero tiene tírria al candidato; Perenujo, excelente, pero ha emitido ya opinión en el asunto; Menganejo, inmejorable, pero lo maneja su mujer, que es una envidiosa de las peores. Y así fué mentando y descartando, á cada cual con su pero, à todos los buenos sujetos del lugar, y acaso hubiera terminado por no encontrar palo en que ahorcarse, como suele decirse, á no haberse acordado de su única persona que le quedaba por calificar, y ese sí que era irreprochable. Nada menos que el señor cura párraco de la pequeña y modesta localidad en donde estos sucesos pasaban; varón sin mayores luces, pero persona de confiar, y para el caso, como de encargo, por ser ageno à los intereses y pasiones del mundo.

—Haré lo que el señor cura me ordene que haga, concluyó por decir Juana á su corazón, que muerto de risa la escuchaba dentro del pecho, sabiendo, el muy pícaro, lo que valen ciertas resoluciones en cier-

tos estados del alma, que es como ahora se les dica,

Y fuese derechito donde el bueno del párroco, y mitad en tono de confesión, mitad en forma de apelación diplomática, le refirió su cuíta y le pidió su determinación arbitral, á la cual dijo ella con énfasis que parecía efecto de la misma sinceridad, se cometería sin vacilación, cual si fuera sentencia dictada por divina autoridad.

—Caso grave es el que me trae usted hija, comenzó por decirle el prudente sacerdote; caso muy peliagudo y de muchísimos bemoles, para mí especialmente. ¿Qué puedo yo saber de conveniencias ó inconveniencias matrimoniales, hija mía? En esta materia es usted la doctora y yo el lego.

Ya usted fué graduada una vez en esa ciencia, y bien pudiera más bien poner cátedra que pedir consejo.

—Cierto es, padre, muy cierto que lo que me pasó con el difunto es para no olvidarse en toda la vida; pero este otro me parece bueno.

—Ah! ¿con qué le parece bueno? Pues, ¿qué más quiere? A casarse tocan.

—Es que tal vez...

—Ola! ¿con qué hay tal veces? Pues hija, de los dados lo mejor es no jugarlos. No se case usted.

—Padre, yo vengo resuelta à seguir ciegamente su consejo, segura y muy cierta de que conociendo por lo que yo le diga, las cualidades del joven que me pretende, me dirá usted con franqueza lo que yo debo hacer. Le repito, padre, que mi novio es bueno y que me quiere; pera si á pesar de esto usted me aconseja que le diga que no, renunciaré á mi felicidad.

Quedose el señor cura un momento como hundido en hondos pensamientos; luego muy parsimoniosamente metió la mano en el bolsillo del balandrán, extrajo de allí la caja de rapé de lustroso carey, y casi maquinalmente, pues continuaba sumido en su cavilación, abrió la caja, cogió con el índice y el pulgar una buena porción de tabaco, con que en seguida cargó ambas narices, sorvió con fruición y como si el sabroso picor del nicotício polvo hubiese excitado y despejado el centro celular en donde se elaboran las ideas, le brotó una, luminosa y excelente.

—Mire, hija, dijo á Juana con aire de quien acaba de descubrir la salida de un intrincado laberinto; lo que soy yo no me atrevo á asumir la responsabilidad de aconsejarla en punto tan decisivo, pero hay un medio infalible para que usted sepa el partido que debe tomar. ¿Hoy es Jueves, no es verdad?

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York, Enero 20 de 1898.

(*Concluirá*).

ESTIVAL

Entre las verdes hojas del granado
Se escucha una canción. ¡Ven, alma mia!
¡El arroyo, de lianas circundado,
Ríe entre los boscajes de la umbría!

En la corriente sonorosa y pura
Donde la lumbre sideral destella,
¡Ven á bañar sin velos tu hermosura!
¡Ven á pulir tu palidez de estrella!

¡Deja à tu rica cabellera blonda
Flotar sobre las aguas conmovidas,
Mientras corren los fáunos de la fronda
Con celos en las facies encendidas!

¡Te adoro, mi pasión! Deja las galas
Que me impiden besar tu pié desnudo!
¡Ave, despliega para mí tus alas!
¡Suelta, amazona, tu ligero escudo!

¡Quiero ofender con amoroso agravio
Tu seno, que me incita y me provoca!
¡Quiero juntar las llamas de mi lábio
A los rojos claveles de tu boca!

¡Quiero ser tuyo como tù eres mía,
Y entre las lianas, rotas á pedazos,
Arrancarte al arroyo de la umbría
Sintiéndote temblar entre mis brazos!

¡Quiero sentirte de mi afán esclava,
Y agonizar de gozo en la arboleda,
Como el heleno cisne agonizaba
Sobre la ardiente desnudéz de Leda!

¡Y quiero que al mirar nuestros amores,
La fiebre del placer que nos arroba,
Construyan los insectos de colores
En cada flor una nupcial alcoba!

CARLOS ROXLO.

Montevideo, Marzo de 1898.

RASGOS

Las primeras lágrimas se perdieron en el Eufrates. Adan y Eva lloraron de vergüenza después de su pecado. La primera carcajada, fué un silbido lanzado por la serpiente al celebrar entusiasta su artero triunfo. Desde entonces, se confunden la risa y las lágrimas. Desde entonces, la mujer se aterra ante el dolor que se ríe. Por intuición, recuerda su pasado... Bajo el peso de la maldición divina, lloraron nuevamente nuestros padres; y al escuchar la promesa de un Redentor, volvió á reir de despecho la serpiente. La risa y las lágrimas tuvieron en el principio una afinidad terrible, y á pesar de haber transcurrido tantos siglos, parece que mantienen, todavía, íntimas y extrechas relaciones.... Cuando el dolor ha secado los párpados, la risa reemplaza á las lágrimas. Las risas del dolor, son convulsiones del alma. El que ha podido llorar siempre, debe creerse felíz. A las làgrimas del placer, podria llamárseles sonrisas del espíritu .. Las làgrimas de los niños no se pierden: con ellas pagan el tributo de su vida. Las làgrímas de los huérfanos, se enjugan en el cielo. Hay làgrimas que brotan expontàneamente. El dolor reprimido ahoga. Cuando los ojos no lloran, el corazón se seca... Las lágrimas de un idiota causan lástima. Los locos rien ó lloran antes de sus momentos de lucidéz. Las carcajadas de un loco son retos á la razón. La mujer rie y llora alternativamente y con más facilidad que el hombre. Si los nervios no fueran ajentes caprichosos del sentimiento, habrian risas y lágrimas inexplicables. La mujer que no llora nunca, inspira recelos. El hombre que ridiculiza las lágrimas de una mujer, es porque se avergüenza de su propia insensibilidad. La mujer ofendida, que no puede castigar ó quejarse de la ofensa que se le ha inferido, llora. Las del despecho son lágrimas de sangre. Las únicas lágrimas que no se desprecian, son las de rabia.... El amor es un arbusto que se agotaría sin el rocio de las lágrimas. Al rocío de la mañana, le llaman los poetas, lágrimas de los ángeles. Las lágrimas son el consuelo de los arrepentidos. Si se nos permitiera la hipérbole, diríamos que con las làgrimas de los cielos se refresca el sol... Hay una sonrisa y una lagrima postrera: cuando el alma se escapa, los lábios se contraen; al despedirse el espíritu, se hiela en los ojos una lágrima.

C. R. DE C.

Montevideo, Marzo 12 de 1898.

A MI HIJA AURA

Aurora es la voz del cefirillo alado
Que suena entre el misterio de la noche,
Es el beso de amor que el casto broche
Entreabre de las flores en el prado.

Es el hálito ténue y vagoroso
que entre suaves perfumes se satura,
el eco de plegaria que murmura
con dulce voz un lábio candoroso.

Ruido de mariposa que aletea
libando de las flores la ambrosía,
murmullo que saluda al nuevo día,
suspiro del ambiente que recrea.

Nota de una arpa eólica que suena
de la rama de un sauce suspendida,
queja de la corriente que escondida
cruza por lecho de plateada arena.

Aire apacible á cuyo soplo leve
despierta sonriente la natura,
ráfaga blanda, voluptuosa y pura
en que la vida con placer se bebe.

Por eso tú te llamas como ella
y eres *Aura* como ella vagorosa,
qué como la pintada mariposa
vás á libar sobre la flor más bella.

La flor de la virtud, en cuyo seno
bebes el néctar que la vida embriaga,
el placer sin igual que nunca acaba
para el que es parco, cariñoso y bueno.

Aura, que sabes disipar la bruma,
que nuestras dichas á nublar alcanza
y que mece la flor de la esperanza
que nuestro hogar humilde nos perfuma:

Que no falte tu soplo ténue y puro
para crear mi frente envejecida,
y hallarás en la senda de la vida
el porvenir risueño que te auguro.

ALCIDES DE MARIA.

Montevideo, Marzo 12 de 189?.

EL TRANVIA

(APOLOGO)

Por la destartalada puerta del Palacio de Justicia salió la multitud á borbotones. Aquel pasillo, como fauce gigantesca, no cesaba de vomitar gente, mientras en la plaza aumentaba el vocerío de los vendedores ambulantes y flotaba en el aire la algarabía de mujerzuelas y desocupados.

Unos y otros esperaban la salida del reo, á quien acababa de sentenciar la Sala segunda. Era el público, pero un público característico, abigarrado, informe y soez, que se apretaba en oleadas siniestras, como si quisiera estrujar entre sí el coche celular, que aguardaba á la puerta.

Este vehículo era lúgubre como la prisión misma, triste como una sentencia, incoherente como algunas declaraciones; estaba despintado y tenía sin embargo un tinte verdoso como cirio de capilla, y un tono negro como paño de catafalco; aguantaba gran peso y parecía que iba á partirse cuando se arrastraba dando tumbos: asemejaba tener echadas las persianas de sus ventanillas, y eran barras de hierro; parecía su portezuela posterior la de un ómnibus, y era la puerta engatillada de una celda ambulante.

Las mulas eran negras, tristonas; el mayoral tenía un color amarillento, que daba á su cara aspecto patibulario y repugnante.

Y, sin embargo, el carruaje, por su plataforma delantera, sus ruedas, su conductor, sus tornos y su ganado rollizo, parecía desde lejos un tranvía especial.

En la multitud se abrieron paso algunos civiles, cuyos tricornios parecieron flotar sobre un mar de cabezas humanas; dió el conductor el torno, oyóse un chirrido, como si se arrastraran cadenas de calabozo, y avanzó el vehículo.

Una mujer, rodeada de algunas mas, llorosa, con color de ictericia, vestida de negro con el atavío de las hijas del pueblo, salió á la puerta de la audiencia. Llevaba un niño pequeñito en los brazos, y mientras gimoteaba, el pequeñito abría de par en par sus ojos como queriendo adivinar lo que pasaba.

En la gente se operó un vaivén; apareció un hombre en el dintel de la puerta y una exclamación sorda y algo así como grito y suspiro, escapóse á un tiempo de mil gargantas. El procesado salió á la calle y subió al coche por la plataforma delantera.

Entonces el pequeño que sostenía la mujer de luto se empinó sobre los brazos de la madre, alzó los suyos hacia el cielo, y mientras aquella se limpiaba una lágrima, el niño juntó sus manitas en gracioso palmoteo, y exclamó en el idioma infantil de sus pocos meses.

—Papá en el *trancia!* ¡Yo quiero ir con él!

Y el "tranvía" siniestro partió para el presidio, y el niño quedóse llorando porque no le subían al carruaje.

¡Pobre ser! Era un hombre en pequeño y hacía lo que todos los ejemplares de su especie ¡Cuantas veces el niño hombre prefiere en su ignorancia lo que él juzga ser comodidad á lo que es realmente la honradez!

P. GÓMEZ CANDELA.

LA PORFÍA

—¿Lo ves? ¡Está dormido!
La madre dice acariciando el beso
Que pugna por salir.
Y la interrumpe el padre,
Con suave acento, perceptible apenas.
¡Ah! ¡Déjalo dormir!
Que no despierte ahora...
Duerme y sonríe; soñará contigo.
—Acaso con los dos.
—Mientras el niño duerme
Lo festejan los ángeles hermanos
Entre la madre y Dios.

Y Margarita entonces,
El lábio busca de su esposo amante
Con la caricia fiel.
Encuéntranse las almas,
Y al blando choque se estremece el niño.
El beso llegó á él.

Atento al hijo, Antonio,
Fíjase luego en Margarita y dice:
—Tu misma cara... sí.
—¡Qué empeño! ¡Lo de siempre!
Míralo bien. ¡Convéncete!... ¿No es cierto
Que se parece á tí?

Antonio mira, observa;
De un lado á otro la cabeza mueve,
Y advierte á la mujer:
—Sus ojos no son mios;
Su boca, riendo; su nariz, tampoco...
Son tuyos.—¡Qué han de ser!

La enamorada esposa,
Fija en el niño á detallarlo empieza,
Y acaba por decir:
—Obsérvalo, es tu hijo.
Si lo niegas, él mismo, sin palabras,
Te puede desmentir.

La arqueada ceja es tuya;
Y esa frente... ¿la ves?... ¿tú no reparas
Que estás copiado ahí?
—¡No sé qué empeño tienes!...
¡En tí lo miro, Margarita mía!
—¡Y yo lo miro en tí!

En dulce confianza
Los dos se alejan del objeto amado,
Mirándose á la faz;
Y, á solas, distraidos,
En sus faenas, á ocuparlos vuelve
La idea pertinaz.

Pensando el hombre, exclama:
—¡Negar que el niño se parece á ella,
Cuando es su imágen fiel!
Y la mujer murmura:
—No hay más que verlo y recordar á Antonio;
Su misma cara... es él.

L. A. PONCE DE LEON.

Febrero de 1898.

Santiago Barco

I

La sociedad elegante y la multitud popular de Burgos paseaban una tarde de Abril por la triple avenida adoquinada y arenosa del Espolón, perla de la célebre ciudad natal del Cid. Algunas horas del sol de primavera habían ejercido su influencia en la corteza de las ramas negruzcas de los árboles que lo circundan y se abrían tiernos brotes, semejantes á brillantes esmeraldas bajo los rayos oblícuos del poniente.

A lo lejos, se oyó la sorda cadencia de una tropa numerosa que marchaba con alpargatas sobre los guijarros redondeados que forman las calles de muchas ciudades de España.

La misma frase se escapó de los lábios de la mayor parte de los paseantes.

--Es el regimiento que vuelve.

Inmediatamente resonó una marcha ejecutada por pífanos y tambores.

El regimiento venia por la punta del Espolón opuesta al rio Arlanzón. Pasaba por delante del cuartel de caballería. De pronto sonó un tiro, y en la muchedumbre que emprendió la carrera, violentamente agitada, se repitieron estos gritos:

—¡Un asesinato! ¡Un crimen! ¡Han muerto al coronel! Un corneta de dragones ha disparado su carabina contra él

Las exclamaciones se mezclaban con invocaciones piadosas: ¡Jesús Maria! Ave Maria Purísima!

En pocos momentos fueron conocidas con exactitud las circunstancias materiales del caso.

El acontecimiento no era un hecho cualquiera: ¡un coronel asesinado en pleno dia, al frente de su regimiento, por un soldado! La cosa era grave. Este drama repentino è impensado impresionó los ánimos.

Todos en Burgos conocian á la víctima; el marqués Enrique de Arnedo, de una de las primeras casas de Castilla y el mejor mozo no solo de la ciudad sino de la provincia!

Madrid, Valladolid, Burgos y todas las ciudades donde habia residido ó por donde habia pasado transitoriamente, fueron teatro de sus galantes aventuras.

Habia llegado hacia poco á encargarse del mando del regimiento de infanteria.

Solo tenía cuarenta años, y muy pronto debia ser ascendido á general, allí mismo, adonde, veinte años antes, le habia visto llegar de teniente, aquella multitud. — ¡Cuántas mujeres se conmovieron por su causa, unas ya maduras y otras en plena juventud! ¡Cómo no habia de conmoverlas el recuerdo de haber sacrificado locamente su virtud ayer mismo ó en época anterior al amor de aquel hombre arrojado à la tumba por un golpe imprevisto!

Miràndolo bien, entre los hombres se habria notado más sorpresa que compasión. La elevada posición del marqués suponia una conveniente reserva, y el carácter especialmente militar del atentado requeria una prudente actitud. — Pero ¡cuántos habia—padres, maridos ó hermanos—que habian sufrido en su honor y en su tranpuilidad doméstica por las empresas amorosas de aquel personaje!

Su muerte debió parecerles un justo castigo.

La compasión se dirigia más bien hácia el asesino

Su nombré, su filiación, su historia, andaban en todos los lábios: Santiago Barco, criado en la casa de Expósitos. Fué depositado en el torno el dia de su nacimiento; ahora era un adolescente, tenia apenas diez y siete años, habia sentado plaza en el cuerpo de los dragones hacia pocos años, en clase de corneta, como es costumbre en España entre los muchachos; rostro agraciado con ojos fieros y resueltos; un carácter suave con sus iguales, sumiso sin bajeza con sus superiores, exacto y disciplinado en el servicio. Nadie comprendia el motivo de su delito, no podia

imputarse á cólera de soldado, pues no estaba á las órdenes del coronel.

Las imaginaciones se extraviaban en suposiciones románticas. Todos se compadecian del jóven homicida; su suerte no era dudosa: consejo de guerra y pena de muerte.

Cuando sonó el tiro, el corneta no habia tratado de huir. Con toda tranquilidad entregó su carabina á un soldado de guardia y su sable al primer oficial que acudió. Se dejó llevar sin resistencia, sin protesta, diciendo sencillamente:

—Si el hombre à quien he muerto era coronel y yo corneta, la culpa no es mía.

¿Significaba con esto que la agravación del crímen por la diferencia gerárquica debió eliminarse de su proceso?

Más para no aparentar que hubiera querido con esta reflexión abogar de antemano por la atenuación de su delito y obtener menor castigo, agregó en tono grave que contrastaba de su modo extraño con su gran juventud.

—He querido cometer este crimen y quiero tambièn su expiacion reglamentaria. No diré nada más al consejo de guerra que me juzgue. Conozco el código militar.

Estos rumores habian corrido de boca en boca con la rapidéz de la trasmisión eléctrica y provocado una emoción violenta. Y hasta una jóven, una de las más hermosas de la burguesía, Amalia Fuencarral, se desmayó al oir los nombres de Enrique Arnedo y Santiago Barco.

⁂

Por la noche corrió por toda la ciudad una noticia que produjo gran sensación: el coronel marqués de Arnedo no habia muerto y probablemente no moriria de la herida. La herida solo habia atravesado el brazo izquierdo, rozado el pecho y habia ido á perderse en la pared de la posada de la Rafaela que estaba enfrente al cuartel de caballería.

La población entera exhaló un suspiro de alivio, seguido de exclamaciones que, bien interpretado su sentido podian resumirse así:

—¡Tanto mejor, pues así no fusilarán á Santiago Barco!

Esperanza desvanecida bien pronto, menos por culpa de jueces demasiado severos que por la del acusado, resueltamente desdeñoso de toda indulgencia.

Tres dias después del atentado, compareció ante el consejo de guerra, no salió de sus lábios, ni una palabra en pró de su defensa ni una explicación de su acto.

El coronel, ya en actitud de salir de su habitación, fué á declarar en calidad de testigo. Tuvo el gusto de no abrumar al acusado.

—No le conozco, declaró, y nunca ha tenido que ver conmigo. Debe estar loco, puesto que el sumario no revela que un motivo de carácter militar ó político haya armado su mano contra mí. No quiere explicar nada. Casi es un niño, el misterio extraño de su silencio me hace suponer que él mismo es victima de alguna confusión. En la medida permitida por la ley, pido para él la indulgencia del tribunal.

(Continuará)

PONTSEVREZ.

A UNA NIETA DE FIGUEROA

Para cantarte á tí preciso fuera,
En los sublimes cantos de una loa,
Que mi menguada inspiración tuviera
El ingenio inmortal de Figueroa.

Y cantarte simpática figura,
Sin que tenga color y melodía
El verso alado, no de tu hermosura
Fuera digna tan misera poesía.

Pero, vén, dame tu el color radiante
De tus ojos magníficos, sombríos,
Y dame la espresión de tu semblante
Y vida encenderé en los versos míos.

Oye el canto y olvida. ¿Quién recuerda
Hoy á la flor que nos sirvió de adorno?
Y á quien le importa nada que se pierda
La mariposa que volaba en torno?...

El génio y la pasiòn te dieron vida;
Hija de un vate y de una madre hermosa.
Dejaron en tus ojos encendida
La llama del amor esplendorosa.

Arrullaron tus sueños en la cuna
Las trovas del placer y los cantares
Tejidos con los rayos de la luna
En alas de la brisa de los mares.

Eres la realidad de un sueño hermoso;
Jugo de luz y rosas que modela
Como el poeta en su canto melodioso
Genial pintor en la inspirada tela.

Del bardo nacional preciosa nieta
Todo lo tienes tú! gracia, hermosura,
Y en la cuna heredaste del poeta
La riqueza del alma, la ternura.

Todo lo tienes tú como las hadas!
En la mente la chispa del talento,
Pensamientos con luz en las miradas,
Y en el alma un raudal de sentimiento.

Cuando ante el piano-forte estás sentada
Como la Musa ideal de los dolores,
Me pareces alondra enamorada
Que canta á las estrellas sus amores.

Y del piano el harmónico teclado
Responde de tal modo al sentimiento
Del noble corazón que Dios le ha dado
Que semeja que tiene pensamiento.

Si censuras á un alma al bien reäcia
Te revelas del poeta la heredera
Cuando en un dicho agudo todo gracia,
De tu boca de mieles hechicera,

Brota el chiste sonoro y espontáneo,
Oh! reina de las hadas orientales!
Vivo, como el meteoro subitáneo
Que de la bruma razga los cendales.

Celeste, divinal á cieorte llego
Cuando oigo tu voz que dulce espira;
Y hay en las líneas de tu busto griego
El esbelto contorno de la lira.

Y que es la voz del poeta, entonces, creo,
Que me viene á cantar sus melodías
Perfumadas de gloria; así te veo
Oh! viva encarnación de sus poesías.

Te creo de sus poemas el compendio;
Hada gentil de tiempos que pasaron;
Chispas surjida en colosal incendio
Que la pasión y el gènio despertaron.

¿Vés junto á tí enmudecer mi boca?...
Es que recobran forma mis visiones;
Del poeta que transtorma cuando toca
Palpitan las espléndidas creaciones.

Y mi alma al pasado se transporta,
Recuerda entonces la época guerrera
En que la pàtria hizo quedar absorta
Ante sus glorias á la tierra entera.

Veo, en mi mente, alzarse, por encanto,
Los muros de la antigua ciudadela,
Y en el pardo torreón de cal y canto
La guardia al arma que incesante vela.

Y miro las guerrillas desplegadas
En la hoguera infernal del *Sitio Grande*,
Oigo proclamas y el rumor de espadas,
Que sed de muerte en el guerrero espande.

Veo flotar las blancas banderolas
En la sangrienta moharra de la lanza,
Mientras sobre la espuma de las olas
El dulce rayo de la paz avanza...

Admiro el esplendor del áscua inmensa
Que brilla en noche nacional y veo
El heroismo troyano en la Defensa
Salvar la libertad en Montevideo.

Y cuando en tus palabras á mi oído
Dulce plegaria por la pàtria vibres,
Me parece escuchar, estremecido,
El cántico gigante de los libres!

El cántico inmortal! aquel que suena
Ecos de Libertad, oh! americanos,
Como un pueblo que rompe su cadena
Para azotar la faz de los tiranos!

. . . .
. . . .

Rosal del génio que produce rosas
De belleza, perfume y sentimiento,
Alzate al cielo, hermosa entre hermosas
Y brilla con la luz del pensamiento.

Que eres de los poemas el compendio
De los tiempos heroicos que pasaron,
Chispa surjida en colosal incendio
Que la pasión y el génio despertaron.

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Marzo 12 de 1898.

Venga mi lira!

PARA LUISA BRUZZONE

Venga mi lira, la de suaves voces,
la de cuerdas de ténue filigrana,
la de harmonías dulces y sublimes
como los besos de amorosas auras!

Venga mi lira, que arrancar anhelo
de sus cuerdas sensibles cual el alma,
una canción más tierna y más sentida
que sollozo de alondra enamorada!

Venga mi lira, que expresar deseo
cuánto padece mi alma enamorada
por una niña de mirar más bello
que el dulce despertar de la mañana!

Venga mi lira, que alejar pretendo
de mi pecho la pena y la nostalgia,
y enjugar para siempre yo quisiera
el amargo tormento de mis lágrimas!

Venga mi lira, que cantarle quiero
de mi amor á la sacra soberana,
á la diosa divina que mi mente
adora con pasión inmaculada!

Venga mi lira, que cantar deseo
á la sublime reina de mi alma,
al ángel que incendió mi amante pecho
con un lampo de luz de su mirada!

Venga mi lira, la de suaves voces,
la de cuerdas de ténue filigrana,
la que al pulsarla blandamente gime
y suspira cual vírgen apenada...

RICARDO R. MENDOZA.

Montevideo, Marzo 12 de 1898.

SUEÑO BOHEMIO

Para Cayetano R. Mendoza

El champagne había concluido por embotar mis sentidos y el baho del alcohol pesaba sobre mis pàrpados como si de ellos pendieran grandes lingotes de plomo.

Estábamos à cubierto, pero por de fuera se preparaba una tormenta horrible, quizá tan tremenda como la que pugnaba por desencadenarse en nuestras cabezas.

Apoyándome en los muebles, logré, tambaleando, llegar á la ventana, y en sus cristales apoyé mi frente ardiente.

En el horizonte negras fajas de nubes se extendían, y en ocaso, el sol pricipitaba su disco encendido entre montañas de topacios y girones de nubes rojizas que se mejaban la hoguera fosforescente de la luz que sobre los cráteres se levanta flamígera y sublime.

El viento bramaba preñado de amenazas y con su aliento proceloso barría la tierra, extremecía la cima de los árboles y batía el mar que rujía furioso y airado bajo una cobertura de crespón negro, y las nubes, que poco antes habían contemplado mis entorpecidos ojos tan nacaradas y bañadas de reflejos irisados, habíanse convertido en génios iracundos venidos de otras tierras, en fantasmas terribles que huían en lejiones.

El espacio hondísimo se había llenado de nubarrones más negros que la culpa. De pronto una chispa brillante surjió de en medio del cielo á tiempo que en el seno profundo de la esfera una nube inflamada reventó en ronco trueno seguido de sordos rugidos. Y como si esta fuera una señal convinada, el tenebroso cielo fué cruzado en todas direcciones por los zig-zags de cintas rubicundas y las llanuras del espacio quedaron alumbradas por millares de serpientes encendidas.

Sentí entonces como un vago é indefinido estertor en la conciencia y un profundo miedo invadió mi alma. A tientas, pues mis ojos no podían ver, me dejé caer sobre un canapé y cerré los ojos. Entonces sentí algo como el eco de las guerras y de las pasiones que se encrudecen en el mundo, y en alas de aquellos formidables truenos llegaban á mis oídos los gritos de gloria de los que triunfan y el lamento funerario de los que perecen.

A poco quedé dormido. Dormí y soñé. Soñé que el agua lo invadía todo, que iba subiendo lenta, muy lenta, que casi me cubría y que yo no me podía mover; quería gritar y mi lengua se me revelaba. Es que las garras de la muerte me apretaban la garganta.

No recuerdo más, sinó que al dia siguiente, un cuerpo casi desnudo flotaba sobre las aguas, y ese cuerpo era el mío.

Y no sé si será porque era un sueño ó porque los que mueren ven y oyen, pues es el caso que yo ví cuando llegaron mis amigos junto á mi cadáver frio y oí cuando exclamaron: ¡Pobre! y oí cuando me abandonaron, pero no oí que me dijeran ¡Adios!

Después fuí conducido en silencio al recinto donde se cumple la utopía de la igualdad de los hombres. No oí que ninguno suspirara por el que partía, ni tampoco ví que fuera alguno conmigo á acompañarme.

El sepulturero cubrió mi sepultura con algunas paladas de tierra. Entonces me quejé, sentí frio, tuve miedo....Presa de cruel angustia quise gritar. Quise gritar pero otra vez los férreos dedos de mi última y única desposada se hundieron en mi garganta y en mis labios espiró un suspiro de desesperación.

Sentí que el aire me faltaba, y una lucha en vano hacía todo mi cuerpo por destrozar el sombrío féretro. Y en tanto los gusanos devoraban mis rígidos miembros en suntuoso festín.......

Llegó la noche y oí que la cigarra cantaba junto à mi tumba, y mís ojos escrutadores de terror vieron abiertos los sarcófagos y entre los inciertos fuegos fàtuos que brillaban en las sombras en fantásticos colores, ví la danza macabra de los muertos....

Pasaron muchas noches, pero sobre mi frio lecho nadie lloró. ¿Para qué más llanto que el húmedo rocío que se descolgaba del ciprés que daba sombra á mi sepulcro y en cuya copa jamàs se posó el ave canora?

Y sobre mi sepultura no hubieron mas flores que las que la Naturaleza hizo florecer, y jamás se mantuvo en ella una luz encendida, pero ¿para que màs luz que la que Diana, suspendida en el inmenso azul, en la mansión de los felices, enviaba sobre mis flores?

Una noche, la luna no me envió sus rayos; yo no sé si fué de terror que ocultó su rostro tras de un espeso velo...

Era una noche destemplada y aterida.

Varios hombres llegaron al Cementerio y removieron la tierra de mi tumba, sacaron mi negra caja carcomida y la abrieron.

A la vista de mis restos, uno de aquellos hombres dijo: «Sembremos estos huesos para que nazcan azucenas, nardos y azahares.»

«Para hacer mis estudios—dijo otro—y para adornar mi gabinete con él, me llevo el esqueleto.»

Pero fué interrumpido por el tercero de aquellos desalmados que con disipado ademán exclamó: «Me llevo el cráneo, para hacer una copa como Lord Byron, donde beber ajenjo,» Y ya se inclinaba para cogerlo, cuando apareció, sin saberse por donde, una vision vestida de blanco.

Era una mujer—¡Oh! era mi amor!—que tomando entre sus manos mi calavera la dió un beso en la frente descarnada y entre sollozos dijo: «En otro mundo más puro será nuestra unión eterna.»

Pero al llegar el divino timbre de su voz a mis oidos, sentí que el corazón me latía nuevamente y entonces volví al mundo de los.... despiertos.

Me alcé y abrí los ojos. El cuarto daba vueltas. Las copas del licor hervian sobre los libros y mis amigos, unos estaban tumbados en el suelo y otros bebian y cantaban y reian en roncas carcajadas.

La tormenta ya se había disipado, y allí en el cielo azul brillaba temblorosa la Cruz del Sud con su palidez extraña.

WERTHER.

Montevideo, Marzo 12 de 1898.

Sport

Después de dos meses de descanso, vuelve á inaugurar hoy las reuniones hípicas nuestro Hipódromo de Maroñas.

Notable bajo todos conceptos será, à no dudarlo, el premio «Ensayo» disputado por Cuaró con 53 kilos, Maravilla con 51, Bebon con 53, Doña Estrella (ex-India) con 51, Offembach con 53, Salto con 63, César con 53, El Guerrillero con 53, Prócer con 53, Céres 51, Palmira 51, Rinconera 51, y Mi Carta 51. Desde ahora podemos adelantar que el hijo de Guerrillero y Dinamita será el vencedor de este premio.

Las cinco pruebas que hoy se disputaran en Maroñas, constituirán un verdadero éxito.

Creëmos que con un programa tan interesante, los palcos y la Tribuna se llenará de distinguida concurrencia.

Los batallones cívicos formarán delante del Hipódromo, donde se verificará un *vivac*.

Nuestros candidatos son:

1.ª carrera Silvia.
2.ª » Doña Sol.
3.ª » El Guerrillero.
4.ª » Piloto.
5.ª » Tucapel.

En el próximo número públicaremos la reseña de la fiesta.

MITO.

Montevideo, Marzo 12 de 1898.

Imp. LA NUEVA CENTRAL, 25 de Mayo 427